

Con la persistencia de los sueños

Conversaciones con Lorena Pastoriza y Jackie Flores



Francisco Suárez

Director Provincial de Residuos
OPDS | Argentina
suarezf@opds.gba.gov.ar

La sección “Entrevistas” presenta a dos relevantes referentes cartoneras: Lorena Pastoriza y Jackie Flores. Ambas inmigrantes, llegaron al AMBA huyendo de desamparos y violencias en sus lugares de origen, pero encontraron en el Gran Buenos Aires un territorio hostil que las llevó a vivir de los descartes, al ritmo que se imponían las crisis socioeconómicas. Desde esa adversidad reconstruyeron sus vidas, impulsando organizaciones territoriales y laborales. Mujeres, lideresas que han abierto caminos.



Alexander Portugheis

Asesor técnico de la
Dirección Provincial de Residuos
OPDS | Argentina
portugheisa@opds.gba.gov.ar



Lorena Pastoriza
es presidenta de la
Cooperativa de Reciclaje
Bella Flor. Militante
social y feminista.
Fundadora de ONG
Proyecto Comunitario
8 de mayo e integrante
de UTRA (Unión
de Trabajadores
Recicladores
Argentinos).

Alexander Portugheis: *Lorena, contame de tu infancia.*

Lorena Pastoriza: Nací en Uruguay, soy la menor de cuatro hermanas mujeres, así que vengo de una familia llena de *chancletas*. Mi vieja era una trabajadora: cosía muy bien, también era un poco marroquinera, sillonera, pero a la vez era concertista de piano. Era música y era una obrera, casada con mi padre, que era español. Yo tuve una infancia un poco complicada porque cuando tenía cinco años mi viejo pasó a ser exiliado político, se fue a España y jamás volvió.

AP: *¿Y ya desde el vamos empezaste a trabajar como cartonera cuando llegaste a Buenos Aires?*

LP: La realidad es que cuando yo llegué, al poquito tiempo, me pegó contra la *ñata* fuertemente, no conocía la realidad económica de la Argentina. Estaba empezando la hiperinflación de Alfonsín, entonces el contexto económico estaba jodido. Me acuerdo de salir a buscar trabajo y no encontrar nada, o ir a la noche por las panaderías a buscar el pan que sobraba. Hasta que hallé trabajo en una panadería del centro de San Martín. Después, enseguida, me puse en pareja del padre de mis hijos. Hay que pensar que yo salgo de un colegio de monjas y curas en Uruguay y vengo acá a revisar tachos para ver qué encontraba para comer, de manera que estaba un poco perdida en la vida y creo que casarme con él me vino bien, porque la contención que me dio tanto él como su familia fue muy importante para mí. Así y todo, nos trajimos a mi mamá de Uruguay a vivir acá, con nosotros, y al año y medio falleció.

En ese momento se dio una toma de tierras en José León Suárez, yo estaba haciendo apoyo escolar en el barrio y dándole la merienda a los pibes de la cuadra de mi casa, en el barrio 9 de Julio. Entonces, se dio esta toma de tierras, chiquita, de más o menos 30 familias en lo que hoy se conoce como el barrio Patagonia. Un poco después se hizo la segunda toma, en el barrio 8 de Mayo, que daba directamente sobre el basural a cielo abierto que teníamos ahí. Nosotros estábamos construyendo la casa, no era que tenía la necesidad imperiosa de ir a tomar la tierra, pero siempre fui una persona curiosa que quería hacer cosas por otros y, además, quería saber de qué se trataba esto de los asentamientos. Desde el primer día que fui, no me volví a ir.

AP: *¿Cómo era ese asentamiento frente al basural?*

LP: Yo siempre digo que la basura signó mucho mi vida, por lo que significó y sigue significando. Cuando llegué, vi que la toma de tierras estaba sobre el basural mismo, tenía "la olla", que era un pozo donde descargaban los camiones. Cuando entraba el último camión, se prendía fuego para que eso siempre estuviera profundo y no terminara de llenarse nunca. Había todo un negocio detrás del basural, de gente que regenteaba y vivía de ese basural, como siempre lo hay en todos. Ese grupo de personas que vivía de eso era la que les cobraba a los camiones por descargar ahí la basura, se había formado una especie de CEAMSE paralelo. Las empresas de recolección, para no pagar y tirar en el CEAMSE, tiraban ahí enfrente, ya que les costaba muchísimo menos porque no pagaban tonelada enterrada (como se hace en CEAMSE), sino que lo hacían por descarga. Entonces, a la par de que a ellos les resultaba barato, también había familias que en ese lugar podían hacer su economía informal.

A mí me costó un poco de tiempo entender por qué, cuando empezamos a armar el barrio, las máquinas de la municipalidad no venían a abrir las calles, pero sí venían a descargar basura a la olla. Había un arreglo entre el municipio y los punteros, y no nos querían ahí porque de alguna manera les estábamos perjudicando el negocio. Entonces, cuando ibas a pedir las máquinas para abrir las calles, la respuesta era un NO rotundo y esa fue, creo, la primera lucha que tuvimos como organización. Yo me descubrí como una persona

pobre después de cuatro meses ahí, viendo cómo las familias se armaban carpas con maderas y telas que los mismos camiones descargaban; con ratas que eran más grandes que gatos. Así y todo, supe que no me podía ir de ahí. Yo creo que, entre el asombro y el miedo, decidí quedarme.

Recuerdo que la primera semana no paró de llover, y así empezamos, entre el agua, las ratas y los humores de la nube tóxica que se forma por el basural. Hoy en el barrio 8 de Mayo hay 2000 familias; cuando nosotros arrancamos con esto seríamos alrededor de 100 y las cabezas de familia éramos en un 70 % mujeres, que nos juntamos para organizarnos. Recuerdo que en las inundaciones de 1998 empezó a venir gente de Corrientes y de Chaco a casa de familiares que tenían acá. Cuando se enteraban que había un asentamiento se venían. Hubo un episodio que me marcó mucho. Fue la llegada de un micro que vino a repartir comida a los del asentamiento en medio de la lluvia y una mujer (que hoy es diputada) desde adentro del micro nos hablaba con un megáfono y nos decía cómo teníamos que organizarnos. Nosotros llevábamos dos semanas bajo el agua, con las ratas, y esta persona (que nunca se bajó del micro) nos venía a decir cómo teníamos que hacer las cosas. Me enojé muchísimo y tiré la bandeja de polenta, y la gente se vino conmigo para preguntarme cómo nos organizábamos.

Lo bueno es que ahí no existía la bandera política, sino la organización comunitaria para salir adelante: así es como nació la "Organización Ocho de Mayo", que fue el día de la toma en el año 1998, con la consigna "Techo, Tierra y Libertad". De hecho, la primera bandera la hicimos con una sábana y muchos restos de pintura que fuimos encontrando ahí, en el basural.

AP: *¿Cómo fue creciendo hasta llegar a ser lo que es hoy?*

LP: Primero quiero resaltar que las luchas se fueron dando no por cuestiones discursivas, sino por la necesidad que teníamos en ese momento. Necesitábamos la tierra para vivir. No es que hicimos un lema tipo Greenpeace, a favor de la ecología, fue una cuestión de que los camiones dejaran de tirar la basura en nuestros ranchos y fueran al CEAMSE. Entonces, lo que estábamos reclamando era un espacio donde vivir en una zona de contaminación directa.

Lo primero que nos pusimos a organizar fue el territorio: el barrio, las manzanas. No queríamos que se diera la lógica del pasillo en las villas, para eso vos tenés que organizar el territorio en una especie de loteo, entonces, replicamos el diseño del barrio que está delante nuestro, Jardines del Libertador. Pero empezamos con eso y después seguimos con el tema del derecho al acceso a los servicios como el agua, la luz y todo lo necesario para vivir. Y otra cuestión fundamental del asentamiento era organizar el día a día de la comida: la olla nos organizó y nos dio un poder como doñas del territorio, sobre todo también en temas de seguridad, por las noches, cuando aparecía gente que quería ganar territorio, que es algo que pasa en todos los barrios. Nos quedábamos las mujeres todas las noches alrededor del fuego, vigilando y organizando cómo seguíamos con el proyecto: qué manzana dividíamos, a qué familia había que ir a apuntalar o qué zona íbamos a sanear dentro del basural para generar más espacio dentro de la toma.

Y así llegamos a la construcción del primer comedor comunitario, que hicimos con maderas de *pallets* que sacábamos de la basura, un año después de la toma. Y cinco años más tarde hubo otro espacio, en donde antes funcionaba una fiscalía y del cual tuvimos que mover más de 2000 autos a la tosquera, que terminó siendo nuestra primera construcción de material y que es nuestro centro principal, la casa de todos.

AP: *¿Ustedes son algo así como inventores, para que la gente viva mejor?*

LP: Totalmente. De hecho, decimos que nosotros nos inventamos el trabajo, sobre todo porque cuando ya estuvimos asentados empezamos a ir a los municipios a pedir cosas como sales hidratantes, para que los pibes no se nos murieran de diarreas sangrantes, una locura.

En una reunión en La Matanza entendimos que había muchas personas y organizaciones en la misma. Ahí empezamos a salir de ese microclima de asentamiento chico y ver que la problemática era mucho más grande, que no éramos los únicos. Comenzamos a hacer las primeras salidas con el tren blanco, colectivamente, a recolectar cartón, y lo que se traía cada día iba a

parar a la olla popular. Entonces, empezamos a ver que podíamos armar algo colectivo.

Nosotros nos fuimos inventando de a poco. Todo fue naciendo de la necesidad. También empezamos a ver que en el CEAMSE muchos camiones tiraban cosas que a nosotros nos servían para comercializar. Cada vez se puso peor, pero entrar al CEAMSE era ilegal y la policía, conforme crecía la crisis, era cada vez más violenta. En CEAMSE había más policías que trabajadores. Después, en 2004, pasó que los de la policía desaparecieron a Diego Duarte y ahí nos paramos de otra manera, porque hasta entonces negociábamos con los directivos del CEAMSE para que nos permitieran entrar a buscar sin que la policía nos tocara.

Llegó el punto en que le dijimos a las autoridades de CEAMSE: "No nos contaminen más, danos trabajo", que sería compartir la parte que llegaba ahí y generar trabajo para todos. Ya con el cambio de gobierno, en 2004, empezamos a recibir visitas de ministerios a los que les mostrábamos proyectos de trabajo, pero tuvimos varios fracasos. Aunque de los fracasos vinieron las buenas ideas.

AP: *¿Cómo nace el emprendimiento colectivo de las plantas sociales, el Reciparque?*

LP: Nosotros siempre fuimos cirujas con los cartones y entonces empezamos a ver que teníamos una salida laboral gracias a la oportunidad del CEAMSE de dejarnos intervenir en los camiones de residuos que llegaban. Es más, invitamos a otros a trabajar con nosotros. Eso es importante, hablo de la articulación de los recicladores con las universidades y el Estado. Pensar y escribir el proyecto de la planta recicladora nos llevó cuatro años. Esto también coincide con el problema social que tenía el CEAMSE con los que entraban al predio, a las montañas de basura. Por eso ellos armaron galpones y los empezaron a dar entre las organizaciones sociales, para que trabajaran con ellos en el tema residuos. Entonces nosotros, que teníamos nuestra organización, no quisimos eso que nos daba CEAMSE y fuimos al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Cuando vieron que tenía una salida económica, aprobaron nuestro proyecto. Ahí empezamos a ver el reciclaje ya no como forma de

sobrevivir, sino como un trabajo para vivir. Es un sueño que nace de nuestras necesidades. Al final, Daniel Arroyo aprobó la financiación y una semana después arrancamos a construir. En 2007 se inauguró la planta.

Lo que yo recuerdo es que en esa época ni siquiera CEAMSE hablaba de reciclaje o economía circular, sino que solo se hablaba de enterrar los residuos y nada más, que era lo que decía la Ley Provincial 9111, del año 1978. La verdad es que nos salió bastante bien, a pesar de los obstáculos, porque hemos pensado una fuente de trabajo a través de nuevas prácticas. Lo que hay que ver ahora es cómo profundizamos el trabajo del reciclaje, porque somos los que generamos el 80 % de la materia prima que vuelve a la industria del cartón y el plástico. Entonces, la discusión es cómo damos el salto valorativo para dejar de ser invisibles ante la sociedad, es decir: dejar de ser basureros para pasar a ser agentes recuperadores de residuos y, a la vez, recuperadores de ambiente.

AP: *¿Cuántos trabajadores tienen en la planta?*

LP: En Bella Flor somos 130 compañeros, distribuidos entre la planta, fuera de ella (con la separación en origen) y los que estamos coordinando la logística. Tenemos tres camiones abocados a las empresas para la separación en origen, tres trabajadores administrativos que coordinan con las empresas para que el material llegue a la planta. Todo eso lleva un equipo técnico de trabajo. También tenemos una planta en Macachín, La Pampa, donde trabajan 15 compañeros nuestros. Es una planta diversa, que logramos en un trabajo conjunto con el municipio. Hemos recibido menciones legislativas porque, gracias al trabajo de la cooperativa desde que arribó a la Pampa, ya casi hemos conseguido clausurar el basural a cielo abierto que tenían allí.

AP: *¿Cuál es el promedio de recuperación mensual?*

LP: Mirá, pensá que entran a nuestra planta 18 camiones por día que traen, entre todos, 150 toneladas; de eso, se recupera el 30 % aproximadamente. Hablamos de todos los municipios del conurbano. Sumado a lo que traemos de las empresas. En pandemia estamos trabajando con 23 empresas, de lo que llega solo realizamos el separado, porque ya viene limpio.

A mí me interesa decir que lo importante es el trabajo colectivo, con municipios y otras instituciones. Nadie se salva solo, nosotros desde que empezamos siempre fuimos en conjunto y eso nos marcó siempre la cancha. Creo que hoy el Estado está más presente y consciente, y esto hay que aprovecharlo para hacer algo inteligente, hay que pensar desde cada lugar cómo se pueden mejorar o aplicar las lógicas de trabajo. Además, pensar en la diversidad de actores que trabajan, que son muchos. Para eso se necesitan políticas inclusivas pensadas en grande, por eso apunto a discutir de qué manera vemos la industrialización desde los municipios.

AP: *¿Y el tema del comedor, el de la cría de chanchos y el proyecto para los adictos a las drogas?*

LP: Esto es también por la necesidad. Cuando empezamos a ver que nuestros compañeros faltaban porque se drogaban o venían a trabajar drogados, vimos que teníamos que hacer algo. Nos dimos cuenta de que teníamos un problema social en el barrio. En su momento fue el trabajo infantil, porque las madres iban a trabajar de ama de casa con cama adentro y los chicos quedaban a cargo de los hermanos mayores. Eso fue una preocupación y buscamos solucionarlo. ¿Cómo hacer para mantener más tiempo abierto el centro comunitario para que los chicos pasen más tiempo ahí y evitar que estén en la calle? Después pasó al plano de la droga y nuestros propios hijos empezaron a caer en esa situación de consumo y venta. Vimos que los lugares para internarlos no funcionaban, salían peor de hecho. Entonces arrancamos con charlas que comenzó a dar un compañero recuperado y decidimos combinarlas con la experiencia que tenía Damián, que había criado chanchos en el campo, alejado del barrio. Así, la cooperativa empezó a armar un espacio donde el trabajo de la tierra pasó a ser la recuperación no solo de chicos adictos, sino también de aquellos que tenían problemas dentro de sus familias o de los que salían de estar presos. Ese campo es una casa-refugio, donde el trabajo sirve como ordenador ante el consumo problemático.

Lógicamente que no podemos recibir a aquel que tiene una adicción grave, pero cualquiera que tenga consumo problemático y necesite contención y un espacio de trabajo, ahí lo tiene y se gana su sueldo. Es aprender

a vivir de otra forma, en un contexto más saludable, alejado del barrio y nos da buenos resultados. Y con el tema del comedor, en el Ocho de Mayo la olla siempre estuvo. La olla, después fue el comedor y luego el centro comunitario. Cuando tenés que asistir y la comida tiene que estar, la olla siempre está. Desayuno, almuerzo y cena siempre están. El centro comunitario es el lugar de la vida social del barrio, porque ahí celebramos casamientos, cumpleaños de quince y también velamos a los nuestros. Hacemos todo ahí. Funcionan los talleres de arte, pero lo que nunca puede faltar es la olla.

AP: *Lo de ustedes no es solo hacer dinero, sino que la gente viva mejor.*

LP: Hace muchos años que le venimos dando vueltas a esta cuestión, antes de que se empezara a hablar de alimentación saludable inclusiva. La encíclica del Papa Francisco hablando de la Casa Común y de cómo hay que comenzar a pensar en un nuevo mundo va un poco por el lado que nosotros buscamos. Esta idea de que todo se tiene que reconvertir y transformar; nosotros somos los que tenemos que lograr esa transformación porque nosotros somos los sujetos del cambio. Creo que no hay forma de pensarnos como trabajadores hoy, si no pensamos en una nueva clase trabajadora. Pienso en lecturas que hice de algunos líderes sindicales del peronismo y creo que hay cosas que hay que tomar y otras que hay que reconvertirlas. Tengo claro que pensar en un nuevo trabajador es una forma de construir y generar trabajo, que a la vez esté más ligado a una nueva forma de vida, que sea más saludable y que no solo sea correr detrás del salario, sino que sea una forma de vivir más armoniosa con todo el ambiente. Y no hablo solo de la relación con el agua y la tierra, sino también hasta con nuestras propias casas: qué tipo de construcciones queremos.

Me parece que todos deberían estar pensando ya en eso. La pandemia vino a agudizar todo, lo bueno y lo malo... el individualismo, las codicias, pero también quedamos muchos locos con otros pensamientos y ganas de convertir esto en otra cosa, que tenga que ver con este nuevo mundo. No tenemos más chances que pensarnos de otra manera. ¿Qué mundo le dejamos a nuestros hijos y nietos si no? Es la obligación de las organizaciones populares la de pensar en este nuevo sujeto social.

AP: *¿Hay que cambiar las políticas ambientales?*

LP: En Hurlingham estamos trabajando fuertemente en un barrio, en más de cuarenta puntos verdes, y me parece que esto se tiene que llevar adelante en todos los municipios. Esto es una forma de generar conciencia, porque todos generamos residuos y consumimos mucho más de lo necesario también. Ahí tenés un lugar para meter la ley de responsabilidad del envase. Hay mucho por hacer todavía, que nos corresponde a todos, sobre todo en el día a día. Que podamos entender que todos somos sujetos de transformación: que el tipo que vuelve de la oficina sepa que esa bolsa de residuos que generó es su responsabilidad; que tiene que haber políticas públicas que acompañen ese cambio, para que nosotros podamos transformar ese residuo en una buena materia prima. Por eso necesitamos políticas estructurales, no sirven las organizaciones solas, sino todo articulado para eso. Lo digo también para todo lo demás, la minería o el agua. Repensar las nuevas prácticas para esta tierra que ya no aguanta más.



Jackie Flores

es Referenta Nacional de la UTEP, Secretaria de FACCYR (Federación Argentina de Cartoneros, Carreros y Recicladores) y Coordinadora Nacional del Programa Promotoras Ambientales Cartoneras. Militante social y referenta feminista.

Francisco Suárez: *Contame de tu vida.*

Jackie Flores: Bueno, soy nacida en Córdoba, pero me vine a los 9 años a Buenos Aires, buscando afectos. Vengo de un barrio muy popular en Córdoba, donde inicia el Cordobazo. Tenemos 52 años de esa epopeya, que es justamente mi edad. Y la verdad que el recorrido que tengo en todo este tiempo no ha sido tarea fácil, porque la ciudad de Buenos Aires es expulsiva. De hecho, este trabajo lo arranco siendo menor inclusive, pero vengo de una familia en la cual la cultura del trabajo siempre estuvo plantada; mi hermana es vendedora ambulante, fue quien me enseñó el oficio y la tarea que siempre tuvimos por delante acá, la de la subsistencia. Hasta que llegó el trabajo de cartonera, que fue una elección.

Pero te encontrarás con varios inconvenientes y uno es el de las políticas públicas: cuando no están pensadas para el sector en donde se van a implementar,

conlleven más violencia. Yo misma, siendo vendedora ambulante, intentando organizarme con los mayores, sufrí y sufrimos una razia enorme, todos los que trabajamos en esto, con la regulación de la venta ambulante. Cuando se reguló y se pretendió que pagáramos un canon por el espacio que ocupábamos en la vía pública, nos quedamos sin nada. Y en esa nada, yo me prometí no quedarme quieta y empecé a ver a mi alrededor a hombres y mujeres que pasaban con carretas y entendí que esa era la forma de generar un trabajo. Entonces se encontraron esa cultura del trabajo y de esa situación de pérdida de la venta ambulante comienza mi historia cartonera: con una bolsa de consorcio y muchas horas de recorrido por la ciudad de Buenos Aires.

A partir de ahí entendí que el trabajo ordena la vida, el progreso fue literal y no me olvido aún la sensación de haberme comprado mi primer changuito de supermercado para recolectar.

Ahí también entendí cuál es el volumen real de la mano de obra del sector cartonero. Eso fue un salto grande, porque también trajo otra lucha paralela a lo que es el mundo cartonero que es el derecho a vivir en la ciudad. Toda esa experiencia me atravesó y me pude plantar en esta lucha que es mi derecho a vivir acá, me allanó un camino que el mundo cartonero no tenía por aquel entonces, que es el hecho de entender cómo funcionan las instituciones, la legislatura porteña, y qué es encontrarte con otros que no tienen que ver con tu sector laboral y ver que coincidís con el reclamo del derecho a la vivienda. Eso me llevó a la experiencia de una cooperativa, donde tomé la responsabilidad de la descarga, el volumen y la venta, y empecé a tomar conciencia del trabajo que hacemos, en cuanto al sujeto social y al sujeto ambiental.

Fue todo un desafío para mí como mujer, porque todos los choferes de camiones del MTE (Movimiento de Trabajadores Excluidos) eran hombres, y fui forjando mi carácter, porque en ese entonces no existía el feminismo popular. Por suerte, los compañeros me la terminaron haciendo fácil porque también entendí que si uno es claro con las palabras, el otro comprende. Así fui aprendiendo lo que es ordenar la descarga de una cooperativa que trabaja con mucha cantidad

de bolsones, lo que conlleva un lugar asignado previamente, porque el camión no se puede dejar en cualquier lado. Todo eso hizo que me diera cuenta de que había un techo en esa cooperativa para mí.

FS: *¿En qué año llegaste a Buenos Aires y cómo es esa llegada?*

JF: Yo tengo 52 años, llegué a Buenos Aires a los 10, o sea, hace 42 años. La ciudad de Buenos Aires me crió, pero yo sigo eligiendo ser cordobesa. No es nada fácil porque los mandatos preestablecidos hicieron que una niña tuviera que tomar la decisión enorme de irse de su hogar, escapando de violencias estructurales y derechos no cumplidos; cada uno hacía lo que podía y yo entendí a esa edad que no merecía ser una nena triste y violentada. Mi vieja, divorciada, era modista y terminó siendo metalúrgica, y la realidad es que criar cuatro hijos sola no fue fácil. Hacía lo que podía, y en ese "lo que podía" laboraba un montón, pero la atravesó la tristeza y cayó en la adicción del alcohol, y eso provocaba mucha violencia. A los 9 años decidí que no era lo que yo quería. Yo amé mucho a mi mamá, pero la interpelación de la propia vida me hizo plantarme a esa edad, tomar la decisión de ir a que se me escuchara y denunciar a mi mamá. La respuesta que tuve del estado fue: "Si no estás con tu mamá te tenés que ir a un instituto de menores". Y cuando me dijeron eso yo pensé: "No, yo tengo un papá que me puede sacar de esta situación", y entonces me tomé un colectivo a Santiago del Estero para conocerlo. Mi papá ya era un hombre muy mayor (se llevaban treinta años con mi mamá) y no encontré esa solución que yo esperaba. Es lo que me dejó mi papá, la enseñanza de que yo me iba a marcar mi propio camino.

En Buenos Aires estaba mi hermana mayor, pero ¿cómo la buscaba? Yo me sorprende un poco de mí misma, porque en ese momento era tan piba y me mandé acá, a buscarla.

FS: *¿Cómo la buscaste?*

JF: Tenía un número de teléfono y con eso me vine. Esperando que cuando llamara fuera ella la que me atendiera. Estaban esas viejas cabinas de ENTEL, en las que había que poner una ficha. Cuando la encontré

estaba viviendo en Palermo y ahí empezamos a reconstruir una relación que no habíamos tenido, porque ella se vino de Córdoba cuando yo era muy chica. No fue fácil, porque ella terminaba ocupando el lugar de una madre en vez del de una hermana y yo era muy rebelde. Y si bien afectivamente no fue fácil, en el trabajo sí nos llevábamos bárbaro y ella me enseñó como vendedora ambulante a aprender a escapar de la policía antes de que nos sacaran las cosas de la manta. Tengo cancha para eso todavía. Vendíamos ropa interior, que tiene mucha demanda en la calle y es muy cara. Aprendí un montón el oficio con eso, la picardía para vender, el *acting* para que nos compraran “la media china irrompible”.

Siempre me levanté muy temprano, nunca le esquivé al laburo y nunca me quedé con la plata de nadie, por suerte puedo decir que no me atravesó la delincuencia.

FS: *¿Cómo fue lo de la compra del changuito de supermercado para recolectar?*

JF: Eso fue duro por el hecho de verme desesperada y no tener para comer. En la calle lo único que hay si sos mujer es la prostitución o la venta de droga, y yo me enojaba a veces porque con la bolsa de consorcio que tenía caminaba un montón para llenarla. Y no porque fuera grande la bolsa, sino porque no había con qué llenarla. Pero bueno, llenar esa bolsa, llevarla al galponero a veinte cuadras y volver a buscar para llenarla de nuevo era difícil.

Además, empezar a darte cuenta de cosas, como que tienen arregladas las balanzas para que pesen menos cartón de lo que en realidad les llevás y te sacan plata. Hacía como treinta viajes al día. Y a la vez que compraba la comida sacaba dos pesos para ahorrar y poder comprarme el carro de supermercado. Lo que quería era unificar horas, para poder estar un poco más de tiempo con mis hijas, porque yo no quería llevarlas a trabajar conmigo. Siempre entendí que el mejor lugar para que estuvieran era un jardín maternal, pero en CABA nunca hay cupo y lamentablemente lo conseguís si vas a exponer tu historia: si das lástima conseguís un lugar. A mí me desesperaba porque no había jardines maternos de doble jornada. Y ahí tuve que hacer lo que no quería, que fue darle a mi hija mayor la responsabilidad de cuidar a su otra hermana.

Ahí es donde me pregunté, ¿dónde está el Estado? En ningún lado estaba. Así que me impuse poder seguir adelante por las mías y progresar en esto, y así fue.

FS: *¿Cómo fue que empezó la organización con los compañeros y las compañeras?*

JF: Eso fue tremendo para mí, porque me encontré con otros que pasaban por lo mismo, que transitábamos como podíamos. Cuando yo tomé la decisión de ir al MTE me sentí contenida, abrazada y sobre todo entendí que la resignación no era algo que se contemplara. Encontré una familia, sin prejuicios y con brazos abiertos. Con el movimiento me potencié para sanar a mi yo del pasado, pude soltar lo triste y tirar para adelante.

FS: *O sea que te encontraste con otras Jackies. ¿Cómo empezaron a organizarse?*

JF: Cuando empecé con este colectivo, conocí a las que fueron las primeras coordinadoras de las rutas de recolección. Todas mujeres cartoneras, que venían del conurbano a recolectar. Después me encontré con las cartoneras de CABA, en la venta en galpones de la Paternal, y después llegaron las asambleas, en las que empezamos a hablar de organizarnos y profundizamos en todo lo que había por hacer. Las compañeras siempre nos relacionamos más fácil que entre los hombres, pero a la hora de hablar en las asambleas nos quedábamos calladas. Y yo no tuve nunca vergüenza y naturalmente me empezaron a elegir a mí, por caradura, para hablar. Y comencé a entender el mensaje.

El salto personal llegó cuando nos pusimos a discutir de igual a igual la Ley de Basura Cero en CABA. Ahí me di cuenta que estábamos interpelando a la política y a la ciudad a través de un trabajo que inicié con una bolsa de consorcio. Porque nosotros estábamos llevando un servicio de recolección dentro de la ciudad y no teníamos ningún reconocimiento.

FS: *¿Cómo fue la Ley de Basura Cero?*

JF: Fue una buena discusión que comenzó en las asambleas cartoneras. Nosotros ya habíamos tenido nuestra primera conquista con el tema de que no nos

llevaran presos por cartonear. Y la Ley 992 (2002), que salió y nos reconoció como recolectores legítimos.

El sistema de reciclado de CABA tuvo siempre más voluntad de nuestra parte que de la legislatura. Sabíamos que íbamos a tener que caminar un largo trecho, pero era muy necesaria esta ley y tuvimos mucho apoyo de los vecinos, que nos acompañaron a los despachos de la legislatura a pesar de que los legisladores no nos querían escuchar. Ahí empezamos a trabajar la templanza, porque en los medios de comunicación se nos vendía como personas violentas, nos acusaban de robar la basura. No terminar puteando a un legislador era un logro, pero empezamos a comprender cómo era este juego de la política y nosotros queríamos que se reconocieran nuestros derechos, que nos dieran uniformes y una credencial, reconociendo nuestro trabajo. Elaborar un registro de cartoneros, generar una identidad. Cuando todo eso pasó a los legisladores no les quedó otra que bajar al recinto a escuchar lo que teníamos para decir.

Con la Cooperativa Amanecer de Los Cartoneros nos juntamos y nos dimos cuenta de que era posible visibilizar todo lo que tenía este trabajo y discutir una política pública con nuestra mirada. Eso fue en 2005.

FS: *¿En qué otras luchas importantes participaron?*

JF: En las luchas de reclamo por el presupuesto que se nos asigna a nosotros, los cartoneros. Las metas incumplidas de la Ley Basura Cero muestran que hay gente que quiere que esto siga así. Son personas que trabajan para el Estado y tienen una ley que no la quieren hacer cumplir, que manejan un presupuesto en CABA del que nos da tan solo el 4 % a las cooperativas cartoneras, es algo mínimo si uno quiere sostener la logística de las cooperativas de trabajadores sociales. El resto de ese presupuesto se gasta en publicidad berreta y en las empresas privadas que hacen recolección domiciliaria. Para que esa ley sea una meta real necesitamos una conciencia ecológica de separación en origen.

El eslogan verde es una mentira. Después pudimos fundar el primer Bachillerato Popular Cartonero con orientación en Cooperativismo, para mí fue recuperar un derecho a la educación, del que yo no había disfrutado antes.

FS: *¿Cómo es el bachillerato?*

JF: Viene de la mano de dos cosas importantes a las que les puse el cuerpo. Primero fue la creación de la Federación Argentina de Cartoneros, Carreros y Recicladores, dándonos cuenta de que a nivel nacional se generaba el trabajo que llevábamos adelante en la ciudad. Eso vino de la mano con la salud perjudicada, porque cuando ya no pude tirar más de un carro me di cuenta de que iba a tener que usar la voz y convertirme en promotora ambiental. Con los años de experiencia que tenía en la calle era un paso casi obvio.

Empezamos a crear un espacio con perspectiva de género para que las mujeres cartoneras tuvieran dónde acudir. Cuando quisimos comunicar, nos dimos cuenta de que muchas compañeras no tenían las herramientas educativas para hacerlo, entonces nació la idea del bachillerato, como una demanda, y lo llevamos adelante. Yo terminé mi secundario después de trabajar, en la nocturna. Cortaba de trabajar a las 18 h para estar a las 19 h en el secundario y recién llegaba a casa a las 0:30. Entonces, quería un formato que no las excluyera a mis compañeras. Así nació la idea del bachillerato, con militancia propia dispuesta a construir desde el saber que traían esos docentes, pero también a escuchar nuestras experiencias como trabajadores.

Es un gran orgullo ver hoy a mis compañeras con su título; lo mismo que es un orgullo para mí ser promotora ambiental y enseñar separación en origen; es como mi lugar en el mundo.

FS: *¿Cuántas promotoras eran y cuántas son hoy?*

JF: Éramos seis cuando empecé con el programa ambiental en el MTE, hace ocho años. Lo que más costó fue convencer a mis compañeras de que tenían que dejar el carro y acompañarme a la legislatura, porque si no cartoneaban no comían.

El movimiento nos bancó como pudo durante un año y medio hasta que nació el programa de promotoras ambientales. Nosotras tenemos mucho por contar y es importante, tanto en la ciudad como a nivel nacional, porque fuimos nosotras quienes empezamos a denunciar que había más de cinco mil basurales a cielo

abierto en el país. Afianzamos los lazos con los vecinos yendo al territorio, recabando información sobre si había políticas públicas en los barrios, haciendo un relevamiento de lo que había para saber de qué hablar después como promotora ambiental. Es difícil, porque, por ejemplo, en un edificio donde viven veinte familias, vienen los encuestadores de CABA y tocan tres timbres para ver si hacen o saben qué es la separación en origen. Si dicen que sí, ya lo etiquetan como "Edificio Verde". Nosotros no nos conformamos con esos tres timbres, vamos a preguntar a las veinte familias que hay, porque la pata cartonera nunca va a estar por fuera de las políticas ambientales. Entonces, cuando una vecina o vecino se interesa por aprender qué es la separación en origen, le enseñamos qué son los residuos secos, los húmedos, el compostaje, etcétera.

A su vez, también les presentamos a nuestros compañeros para que sepan que a ellos se les puede entregar los residuos secos reciclables, que son trabajadores de la economía popular, y que tengan la certeza de que su esfuerzo tendrá un buen final en el tratamiento de ese residuo.

FS: *¿Cuáles son los desafíos por delante?*

JF: Seguir incorporando compañeras a este trabajo de promoción ambiental. Hoy somos casi 500 promotoras capacitadas, por suerte. Ahora que volvimos a recuperar el Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, volvimos a tener diálogo y pudimos escuchar a nuestro presidente anunciar el plan Argentina Recicla. Eso permitió que María Castillo, nuestra compañera, sea designada como Directora Nacional de Reciclado. Otro desafío es implementar bien la Ley de Educación Ambiental y que se vote la Ley de Envases. ●